

CAPÍTULO III

Formas nuevas de las creencias democráticas.

§ 1. — LUCHAS ENTRE EL CAPITAL Y EL TRABAJO.

Mientras que nuestros legisladores reforman y legislan al azar, la evolución natural del mundo prosigue su curso lentamente. Surgen nuevos intereses, aumentan las competencias económicas entre los pueblos, se agitan las clases obreras y por todas partes se ven nacer problemas terribles que las arengas de los políticos no pueden resolver.

Entre estos nuevos problemas, uno de los más complicados será el de los conflictos obreros, que resulta de la lucha entre el capital y el trabajo. Aun en los países tradicionales como Inglaterra, llega á ser violento. Los obreros cesan de respetar los contratos colectivos, que en otros tiempos constituían sus privilegios; se declaran las huelgas por insignificantes motivos, el paro general y el pauperismo alcanzan cifras atemorizadoras.

En América, estas huelgas habían acabado por poner trabas á todas las industrias; pero el exceso del mal ha creado el remedio. Desde hace unos diez años, los jefes de industria han organizado grandes federaciones patronales, que han llegado á ser

bastante poderosas para imponer á los obreros procedimientos de arbitraje.

El problema obrero se complica en Francia con la intervención de numerosos trabajadores extranjeros, que ha llegado á ser necesaria por el estancamiento de nuestra población (1).

Semejante estancamiento tendrá igualmente, como consecuencias, dificultar la lucha con rivales que el suelo no tardará mucho en alimentar, y que, según una de las leyes más viejas de la historia, invadirán necesariamente los países menos poblados.

Estos conflictos entre obreros y patronos de un mismo país serán todavía más ásperos por la lucha económica, cada vez mayor entre los asiáticos, muy pocos en necesidades, con posibilidad, por lo tanto, de producir objetos manufacturados á precios muy bajos y los europeos con grandes é imperiosas necesidades. Hace más de veinticinco años señalé su importancia. El general Hamilton, antiguo agregado militar al ejército japonés, y que había previsto mucho antes de la ruptura de las hostilidades la victoria de los japoneses, escribía en un trabajo reproducido por el general Langlois, lo que sigue:

«El chino, tal como he podido verlo en la Manchuria, es capaz de destruir el tipo actual del trabajador de raza blanca. Lo echará de la superficie de la tierra. Los socia-

(1) Población de las grandes potencias:

	MILLONES	
	1789	1906
Rusia	28	129
Alemania.....	28	57
Austria	18	44
Inglaterra....	12	40
Francia.....	26	39

listas, al predicar la igualdad ante el trabajo, están muy lejos de pensar á qué resultado práctico les llevarían sus teorías. ¿Es el destino de la raza blanca desaparecer á la larga? En mi humilde opinión, este destino depende de una sola cosa: ¿tendremos ó no el buen sentido de no escuchar los discursos que presentan la guerra y su preparación como un mal inútil?

Yo creo que los obreros deben elegir. Dada la actual constitución del mundo, es preciso que cultiven en sus hijos el ideal militar y que acepten de todo corazón las penas y cargas que acarrea el militarismo, ó bien entablen una lucha cruel por la vida contra una mano de obra rival, de cuyo triunfo jamás se ha dudado. Para negar á los asiáticos el derecho de emigrar, rebajar los salarios por la competencia y vivir entre nosotros, no disponemos más que de un solo medio, que es la espada. Si los americanos y europeos olvidan que su situación privilegiada no radica más que en la fuerza de sus armas, Asia tomará pronto su revancha.»

Sabido es que en América, las invasiones chinas y japonesas han llegado á ser, á consecuencia de la competencia hecha á los obreros de raza blanca, una calamidad nacional. Los emigrados chinos forman ya importantes colonias en ciertas ciudades, Londres, Cardiff, Liverpool, etc.; han provocado varios motines, porque trabajando á vil precio, su aparición hace bajar inmediatamente los salarios. Pero estos problemas pertenecen al porvenir, y los del presente son bastante graves para que sea inútil preocuparse ahora de otros.

§ 2.— LA EVOLUCIÓN DE LA CLASE OBRERA Y EL MOVIMIENTO SINDICALISTA.

El más importante de los problemas democráticos, se planteará tal vez á consecuencia de la evolución reciente de la clase obrera, engendrada por el movimiento sindicalista.

El conjunto de intereses similares que constituye el sindicalismo, ha tomado rápidamente un tan inmenso desarrollo en todos los países, que puede llamársele mundial. Ciertas corporaciones tienen presupuestos comparables á los de los pequeños Estados. Se citan Ligas alemanas que han ingresado en caja 81 millones de cuotas.

La extensión de este movimiento obrero en todos los países, muestra que no es, como el socialismo, un sueño de utopistas, sino una consecuencia de necesidades económicas.

Por su fin, sus medios de acción y sus tendencias, el sindicalismo no presenta, por otra parte, ninguna especie de parentesco con el socialismo. Habiéndolo explicado suficientemente en mi *Psicología política*, bastará recordar en algunas palabras la diferencia de ambas doctrinas.

El socialismo quiere apoderarse de todas las industrias y que sea el Estado el que se encargue de dirigirlas, repartiendo igualmente los productos entre los ciudadanos. El sindicalismo pretende, por el contrario, eliminar por entero la intervención del Estado y dividir la sociedad en pequeños grupos profesionales, gobernándose por sí mismos.

Aunque despreciados por los sindicalistas y violentamente combatidos por ellos, los socialistas se obstinan en disimular este conflicto, pero ha llegado á ser demasiado visible para pasar desapercibido. La influencia política poseída todavía por estos últimos, pronto habrán de perderla.

Si el sindicalismo aumenta por todas partes á expensas del socialismo, es, repito, porque este movimiento corporativo, aunque renovado del pasado, sintetiza ciertas necesidades nacidas de la especialización de la industria moderna.

Lo vemos, en efecto, manifestarse en los medios más diversos. En Francia su triunfo no ha sido todavía tan grande como en otras partes. Habiendo tomado la forma revolucionaria recordada más arriba, ha caído, al menos provisionalmente, en manos de anarquistas que se preocupan tan poco del sindicalismo como de una organización cualquiera y utilizan simplemente la nueva doctrina para tratar de destruir la sociedad actual. Socialistas, sindicalistas y anarquistas, aunque dirigidos por ideas por entero diferentes, colaboran hacia el mismo fin último: la supresión violenta de las clases directoras y el robo de sus riquezas.

Las doctrinas sindicalistas no se derivan por ningún concepto de los principios de la Revolución. Sobre algunos extremos aún son completamente contrarias. El sindicalismo representa, en efecto, una regresión á ciertas formas de organización colectiva: reconocer las corporaciones próscritas por la Revolución. Constituye también una de aquellas federaciones condenadas por ella. Rechaza, en fin, por completo la centralización estatista que aquella hubo de establecer.

De los principios democráticos: libertad, igualdad y fraternidad, no se preocupa el sindicalismo. Los sindicatos exigen de sus miembros una absoluta disciplina que elimina toda libertad.

No siendo todavía bastante fuertes para tiranizarse recíprocamente, los sindicatos expresan sentimientos unos con otros que en rigor pueden calificarse de fraternidad. Pero el día en que sean bastante poderosos, sus intereses contrarios entrarán en lucha necesariamente como durante el período sindicalista de las antiguas repúblicas italianas: Florencia y Siena, por ejemplo. La fraternidad del

presente se olvidará pronto, y la igualdad será sustituida por el despotismo de los sindicatos que hayan llegado á ser preponderantes.

Tal estado de cosas parece próximo. El nuevo poder crece muy de prisa y encuentra ante él gobiernos desordenados que no se defienden más que por la sumisión á todas sus exigencias. Medio detestable, bueno todo lo más para el minuto presente y que carga pesadamente el porvenir.

Sin embargo, á este pobre medio recurrió recientemente el Gobierno inglés en su lucha contra el sindicato de mineros que amenazaba paralizar la vida industrial de Inglaterra. El sindicato exigía para sus adheridos un salario mínimo, sin que debiesen comprometerse á un mínimo de trabajo.

Aunque tal exigencia fuese inadmisible, el Gobierno aceptó proponer al Parlamento una ley para su sanción. Con fruto pueden meditar las graves palabras pronunciadas á este propósito por Mr. Balfour ante la Cámara de los Comunes:

«Jamás ha tenido que verse el país, en su larga y agitada historia, ante un peligro de esta naturaleza y de esta importancia.

Se nos ofrece el espectáculo, siniestro y extraño, de una simple organización que amenaza paralizar, y paralizar en gran extensión, el comercio y las manufacturas de una comunidad que vive del comercio y de las manufacturas.

El poder que poseen los mineros en el estado actual de la ley es casi sin límites. ¿Hemos visto alguna vez cosa semejante? ¿Vióse jamás que un barón feudal ejerciese tal tiranía? ¿Ha habido *trust* americano que utilizase los derechos que la ley le da con semejante desprecio por el interés general? El grado mismo de perfección á que hemos llevado nuestras leyes, nuestra organización social, las mutuas relaciones de las diferentes industrias y profesiones, nos exponen más que á nuestros predecesores de más rudas edades, al grave peligro que amenaza en este momento á la sociedad... Asistimos en la hora actual á la primera manifestación de la potencia de elementos que, si

no se vigilan sumergirán á la sociedad por entero... La actitud del Gobierno, cediendo á las pretensiones de los mineros, da cierta apariencia de realidad á la victoria de los que se alzan contra la sociedad.»

§ 3.—POR QUÉ CIERTOS GOBIERNOS DEMOCRÁTICOS MODERNOS SE TRANSFORMAN PROGRESIVAMENTE EN GOBIERNOS DE CLASES ADMINISTRATIVAS.

La anarquía y luchas sociales que nacen de las ideas democráticas, conducen hoy á ciertos Gobiernos á una evolución imprevista que acabará para no dejarles más que un poder nominal. Esta evolución, cuyos efectos vamos á indicar someramente, se ha hecho de un modo espontáneo bajo la influencia de aquellas necesidades imperiosas que son las grandes reguladoras de las cosas.

Los elegidos del sufragio universal forman hoy el Gobierno de los países democráticos. Votan las leyes, nombran y deponen á los ministros elegidos en su seno y encargados provisionalmente del poder ejecutivo. Estos ministros cambian naturalmente muy á menudo, puesto que un voto basta para sustituirlos. Los que les suceden, perteneciendo á un partido diferente, gobiernan según otros principios que sus predecesores.

En principio, parece que un país sometido á influencias tan diversas no pueda tener ni estabilidad, ni continuidad. Sin embargo, á pesar de todas esas condiciones de inestabilidad, un Gobierno democrático como el nuestro funciona con bastante regularidad. ¿Cómo explicarse semejante fenómeno?

Su interpretación, muy sencilla, radica en el

hecho de que los ministros que parece como si gobiernasen, gobiernan, en realidad, muy poco. Muy limitado y circunscrito su poder, no se ejerce más que en discursos poco escuchados y en algunas medidas desorganizadoras.

Pero tras esta autoridad superficial de los ministros, sin fuerza y duración, juguetes de todas las exigencias de los políticos, funciona en la sombra un poder anónimo, cuya fuerza no hace más que aumentar: el de las administraciones. Poseyendo tradiciones, una jerarquía y continuidad, tienen una fuerza, contra la que los ministros se reconocen pronto incapaces de luchar (1). La responsabilidad está de tal modo dividida en la máquina administrativa, que un ministro no puede hallar jamás ante él personalidades importantes. Contra sus pretensiones momentáneas, se alza una red de reglamentos, de costumbres y disposiciones, que pronto se le acusa su desconocimiento al atreverse á infringirlas.*

Esta disminución de la autoridad de los Gobiernos democráticos, no puede, sino progresar. Una de las leyes más constantes de la historia, sobre la que ya he insistido, es la de que tan pronto como una clase cualquiera, nobleza, clero, ejército ó pueblo, llega á ser preponderante, tiende rápidamente á humillar á las demás. Los ejércitos romanos, por ejemplo, que acabaron por nombrar á los emperadores y deponerlos; el clero, contra el que los reyes tuvieron en tiempos tanto que luchar; los Estados

(1) La impotencia de los ministros en sus ministerios ha sido señalada notablemente por uno de ellos, M. Cruppi, en un libro reciente. La voluntad más enérgica del ministro, paralizada inmediatamente en sus despachos, renuncia pronto á luchar contra ellos.

Generales, que en los momentos de la Revolución absorbieron pronto todos los poderes y reemplazaron la monarquía.

La clase de funcionarios está predestinada á dar una nueva prueba de la exactitud de esta ley. Ya preponderante, comienza á hablar muy alto, amenaza y llega á las huelgas, como la de carteros, seguida muy pronto de la de los empleados ferroviarios del Gobierno. El poder administrativo forma de este modo un pequeño Estado en el Estado grande, y si su evolución actual continúa, pronto constituirá el único poder real. En el régimen socialista no existirían otros. Todas nuestras revoluciones habrán tenido de este modo por resultado final, hacer descender los poderes del trono de los reyes á la clase irresponsable, anónima y despótica de los empleados.

* * *

Presentir el alcance de todos los conflictos que amenazan obscurecer nuestros destinos, es imposible. Es preciso alejarse tanto del optimismo como del pesimismo, y pensar en que la necesidad acaba siempre por equilibrar las cosas. El mundo prosigue su marcha sin ocuparse de nuestros discursos, y tarde ó temprano llegamos á adaptarnos á las variaciones del medio que nos rodea. La dificultad es llegar sin grandes choques, y, sobre todo, resistir á las quiméricas concepciones de los soñadores. Siempre impotentes para reorganizar el mundo, lo perturban varias veces.

Atenas, Roma, Florencia y otras muchas ciuda-

des que brillaron en tiempos en la historia, fueron víctimas de aquellos terribles teóricos.

Los resultados de su influencia han sido siempre los mismos: anarquía, dictadura y decadencia.

A los numerosos Catilina modernos, tales lecciones no les aprovecharían. No ven todavía que los movimientos desencadenados por sus ambiciones amenazan sumergirles.

Todos esos utopistas han hecho surgir incalificables esperanzas en el alma de las multitudes, excitado sus apetitos y minado los diques edificados lentamente por los siglos para contenerlos.

La lucha de las ciegas multitudes contra las clases favorecidas es una de las continuidades de la historia, y el triunfo de las soberanías populares sin contrapeso ha marcado ya el fin de más de una civilización. Las clases superiores crean; la plebe destruye. Cuando se debilita la primera, la segunda comienza su perniciosa acción.

Las grandes civilizaciones no han podido prosperar más que sabiendo dominar sus elementos inferiores. No es sólo en Grecia donde la anarquía, la dictadura, las invasiones y, finalmente, la pérdida de la independencia, llegaron á ser las consecuencias del despotismo democrático. La tiranía individual nació siempre en la tiranía colectiva. Esta terminó el primer ciclo de la grandeza de Roma; los bárbaros acabaron el último.